

Un joven mira hacia Río desde la zona de favelas de Santa Marta.



Las grandes paradojas y desafíos del gigante

UN PAÍS MODERNO QUE CRECE EN EL PLANO ECONÓMICO Y CON UNA DEMOCRACIA ESTABLE

J. ARIAS

Hace doce años, cuando llegué a Brasil, aún se hablaba de este país continente como una esperanza de futuro. Hoy, Brasil es el presente. Un presente con horizontes enormes como sus espacios geográficos infinitos. Brasil está para dar el salto como quinta potencia mundial. Pronto estará en el Consejo Permanente de la ONU. Los empresarios extranjeros ponen sus ojos en él, porque en Brasil no hay espacio para aventuras golpistas y sí enormes posibilidades de inversión. La democracia está consolidada. La Bolsa de São Paulo es de las más pujantes del mundo. Brasil es un gran líder indiscutible en América Latina. Este ya no es un país de Tercer Mundo. Hay sectores de una modernidad que pueden dar envidia a países europeos, comenzando por la medicina.

Los problemas, sin embargo, de este gigante de casi 200 millones de habitantes, joven, con cerca de 60 millones en edad de estudiar, son aún enormes, aunque con voluntad de resolución. Brasil es un país en plena evolución, aunque con una carga enorme de paradojas.

Hay quien se pregunta qué le falta a Brasil para dejar de ser aún objeto de crónica negativa en muchos aspectos de su presente. Le falta, por ejemplo, la decisión de colocar la educación en el centro del interés político. Brasil heredó de la esclavitud, abolida sólo en 1888, una masa ingente de analfabetos. Fueron libertados de la esclavitud jurídica, pero siguieron siendo los esclavos de la ignorancia. Aún hay más de 12 millones de analfabetos totales y otros tantos o más de analfabetos

funcionales, que apenas sí saben escribir su nombre.

Renato de Souza, ex ministro de Educación del Gobierno de Fernando Henrique Cardoso, me confió: "Nunca había tenido conciencia de que la educación era un problema importante". Lo que contaba es que las élites del país supieran leer y escribir. ¿Para qué necesitaban educación la gran masa de trabajadores de obra barata herederos de la esclavitud, negros o mulatos en un 90%?

Hoy, esa conciencia de que la educación debe ser el motor del país existe. Comenzó con el Gobierno Cardoso y continuó con el de Lula. Hoy, el 98% de los niños asiste a la escuela. El Ejecutivo ofrece libros gratis a todos los alumnos de la escuela pública, los más pobres. Existen, además, incentivos para que las familias lleven a sus hijos a la escuela. A pesar de que a veces el presidente y ex tornero, Lula, recuerda que no necesitó estudiar para llegar a la jefatura del Estado, hoy los trabajadores quieren que sus hijos estudien. Saben que su futuro depende de la educación.

Y, sin embargo, a pesar de los grandes esfuerzos hechos, Brasil figura aún en los últimos puestos de los índices de calidad de la educación. Masas enteras de niños acaban la primaria sin saber leer ni escribir. Los maestros están muy poco profesionalizados y ganan sueldos de miseria.

El Gobierno de Lula es el que más universidades y escuelas profesionales ha levantado, pero son aún insuficientes. Millones de jóvenes dejan los estudios sin un diploma que les abra el camino.

Junto con el reto de la educación, Brasil posee la mancha de ser uno de

los países más injustos en la distribución de la riqueza. Y eso continuará desluciendo el desarrollo económico, hasta que el mundo político se atreva a plantearse la gran reforma fiscal que el país necesita para acabar con ese desequilibrio feroz.

Lula luchó contra esa lacra, pero los intereses en el país de los poderosos son aún enormes, dentro incluso del mismo Parlamento, que acaba abortando toda reforma. Este actual Gobierno, al igual que el anterior de Cardoso, llevó a cabo reformas importantes en el campo social, lo que contribuyó a que 20 millones de pobres se injertaran en la clase media, con todos los derechos ciudadanos. Lo consiguieron abriendo el crédito y ofreciendo ayudas masivas a los que estaban al margen del consumo. Fue el empujón de esa masa de nuevos consumidores la que ayudó a Brasil a salir casi ileso de la crisis financiera mundial.

Pero no basta. Brasil tiene una de las cargas fiscales más altas del mundo, más de un 40%. Sin embargo, lo máximo que paga un multimillonario es un 27,5%. Los impuestos indirectos, incluso los de los alimentos básicos, son de los más altos del mundo, llegando a veces a un 80%. Los impuestos de todo tipo son exorbitantes.

En Brasil no hay hambre ni desnutrición. Todos comen. El Estado no deja a nadie hambriento. Pero no basta. El país necesita ser menos desigual para poder ser más justo. Entre el pueblo aún existe la conciencia de que siempre fue así y de que lo seguirá siendo. Los ricos son ricos y los pobres son pobres. No es fatalidad, es realidad histórica. Los menos afortunados usan una frase muy gráfica: "Pobre tiene que morir".

La democracia está consolidada, pero la educación, la violencia y la distribución de la renta son aún problemas sin resolver

Lula tuvo el gran mérito de colocar ese problema sobre el tapete. Lo hizo con coraje. Mostró los pobres al país. Ha hecho mucho para ayudarles, pero no es suficiente. Hacen falta reformas sustanciales que ataquen, en sus raíces, el mal atávico de la desigualdad. Y eso sólo se hace con la política. El escritor Marcio Souza escribió: Brasil "es un país moderno económicamente, pero retrasado políticamente".

Junto al problema de una educación insuficiente y de una distribución de renta que aún mantiene a la mayoría de los brasileños en una clase media baja, existe el gran cáncer de la violencia ciudadana, el problema más acuciante para los ciudadanos.

El candidato de la oposición a las presidenciales, José Serra, gobernador de São Paulo, ha dicho abiertamente que o el Estado toma entre sus manos el problema o nunca acabará "esta guerra". Hasta una hija de Lula, a pesar de estar protegida, fue asaltada hace poco en su casa.

Es verdad que la violencia brasileña está íntimamente relacionada con la pobreza, pero lo cierto es que la pobreza está disminuyendo y la violencia no disminuye. ¿Por qué? Sin duda, el problema además de social es también político. Los violentos y los narcotraficantes también votan y ayudan a elegir a los candidatos. De ahí el grito de la opinión pública: "¡Reforma política, ya!". Vuelven de nuevo sobre el tapete los dos grandes nudos gordianos: la falta de educación y de oportunidades para los jóvenes y la desigualdad económica, ambas generadoras de violencia. Y la responsable última es siempre la misma: la falta de una política capaz de ser tan moderna cuanto lo es ya la economía.